

El Debate

El éxito del "Crimen Perfecto"

Por SERGIO VODANOVIC

Un comediógrafo nacional de prolongada actividad teatral me decía una vez, refiriéndose a las temporadas del primer cuarto de siglo:

—¡Ah, aquéllos sí que eran buenos tiempos! Uno "acertaba" con una comedia y podía vivir tranquilo y magníficamente durante todo un año.

Recuerdo a otro autor de la misma época a quien le oí decir a un novel dramaturgo, que había alcanzado el éxito en sus primeras producciones:

—Ud. que ha tenido "suerte", podría llevar una obra a tal teatro.

En ambas ocasiones me sorprendió la alusión a "acertar" y a "suerte". Al parecer, para toda esa generación de hombres de teatro que tuvo su auge al promediar la mitad del medio siglo, el éxito teatral estaba ligado en forma sólida al factor suerte. Obtener éxito no sería una materia relacionada con el talento, la preparación o la calidad sino estaría sujeto a elementos imponderables que algunas veces serían propicios y otras desfavorables.

Demás está decir que no puedo compartir tal opinión. Creo que todo éxito en lo teatral, como en cualquiera otra actividad, tiene sus fundamentos. El caso de "Crimen Perfecto" nos permite reafirmar este aserto. Si la obra de Knott ha alcanzado en Chile la cifra extraordinaria de mil representaciones, ello no se debe exclusivamente a la calidad de la pieza que ha sido confirmada en todas las ciudades en que se ha representado. Hay algo más, diría yo, mucho más, que ha permitido que un melodrama policial de sólida factura dramática constituya el suceso en dos temporadas de la vida teatral santiaguina. Me refiero, naturalmente, a la personalidad escénica de Américo Vargas. Hace algún tiempo, en su camarín del Marú, Américo Vargas nos decía:

—Yo estaba dispuesto a abandonar el teatro, a pesar de mi verdadera vocación escénica. Había actuado mucho, había formado parte de diversas compañías en Chile y Argentina. Sentía un extraordinario aprecio y respeto por quienes habían sido mis compañeros de trabajo, pero no había encontrado realizada mi verdadera concepción del teatro. A veces, viendo a compañías extranjeras, observaba que lo que ellos hacían coincidía con lo que yo sentía; debía ser la labor escénica y que yo no había podido desempeñar en la forma que deseaba. Cuando me hablaron del Marú —añadía Américo Vargas— pensé que podía ser la oportunidad de hacer mi último intento para realizar mi concepto del teatro. Si fracasaba, tendría la satisfacción de retirarme sabiendo que lo había intentado.

Américo Vargas no se ha retirado del teatro, ni se retirará, tampoco, porque no fracasó, sino, por el contrario, ha triunfado limpiamente. Su concepción del teatro a la que hacía referencia en aquella conversación que he condensado, no estaba fundamentada en vagos principios teóricos ni en revolucionarias tendencias. Es algo y obvio que, sin embargo, no es lo usual dentro del teatro profesional chileno: el respeto. Respeto al texto, respeto a los demás actores, respeto al escenógrafo y al iluminador y, sobre todo eso, el mayor de los respetos: al público.

Desde el nacimiento del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, la actividad escénica del país se dividió en dos tendencias: la una representada por los principios estéticos y dramáticos que dieron lugar a la formación de ese conjunto y, la otra, representada por el teatro profesional tradicional con todas sus grandes virtudes y, también, sus grandes defectos. La hora llegó en que era necesario que se formara una compañía en que ambas tendencias armonizaran en todo lo bueno que ellas tenían. Es lo que hizo Américo Vargas. En su compañía se puede advertir la actuación desenvuelta y realista propia del buen teatro profesional, conjuntamente, con la cuidadosa elección de los elementos plásticos que ha caracterizado a los teatros universitarios. Juntos a estos elementos, Américo Vargas ha propendido a características que bien corresponden a todo buen teatro sin distinción de tendencias y clasificaciones: Un repertorio ecléctico, una apropiada selección de reparto y preparación esmerada. Por cierto, que no es el único que ahora realiza en nuestro país una labor teatral de este tipo, pero creemos que él creó la primera compañía profesional con estas características.

Después de lo anterior, no nos parece ni "afortunado" ni resultante de un imponderable "acierto" el hecho que, hoy "Crimen Perfecto" llegue a las mil representaciones. Este éxito es fruto —como todo éxito— del talento y de la inteligencia y nos parece de rigor hacerlo resaltar ante la conciencia de nuestros lectores que se interesan por las vicisitudes de la escena chilena.